

Galilea. 153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

¡Perdonemos!

Joan Morera:
«El perdón es
un salto en el
vacío»

Número 7
Mayo-Junio de 2019
3,50 €





ACTITUDES A MEJORAR

VALORA SIEMPRE SI VAS A PERJUDICAR A LOS DEMÁS ANTES DE HACER ALGO QUE TE BENEFICIE A TI.

SÉ PACIENTE. RECUPERAR LA CONFIANZA REQUIERE TIEMPO.

SÉ AGRADECIDA. VALORA EL TIEMPO QUE TE DEDICAN.



Sumario:



4

11



5

12



6

13



8

14

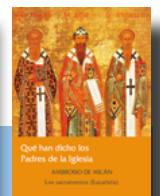


9

15



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153
Liturgia, pastoral, vida cristiana

Año 2. Número 7
mayo-junio 2019

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual
2018/2019:

En papel: 21,00 €
Online: 16,00 €

Precio de este ejemplar:
3,50 €

Dirección:

M. Àngels Termes
matermes@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
José Antonio Goñi
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Mercè Solé
Joan Torra

Consejo asesor:

M. del Mar Albajar
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Ascentxu Gómez
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons
Pim Queralt
Josep Roca
Laura Rubio

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Vídeo:

Marta Pons

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



HUMILDAD Y PERDÓN

Este número de *Galilea.153*, tal como indica la portada, lo dedicamos al perdón, al perdón como actitud de fondo. Hemos obviado el sacramento del perdón, aunque en algún artículo se hable de él, como el de Sergi d'Assís Gelpí que nos explica su experiencia como sacerdote que confiesa.

Pero básicamente, como ya he dicho, hemos querido tratar el perdón como actitud de fondo. Es decir, la actitud de perdonar. Por ejemplo ante la muerte anunciada, en enfermos terminales. Hacemos una incursión en alguno de los distintos lenguajes para acercarnos al perdón, como pueden ser el del cine o el de los espacios arquitectónicos. Las dificultades que encontramos para acercar el perdón a los jóvenes. La aportación de Joan Torra, muy interesante, que nos remite a los inicios de la Iglesia, cuando la Eucaristía tenía la dimensión del perdón o remisión de los pecados. Tal vez debería recuperarse... Porque el perdón, como nos recuerda Dolores Aleixandre, es un nuevo nacimiento. Y la entrevista a Joan Morera, que nos aporta ideas muy sugerentes sobre la no-violencia activa a partir de las actitudes de Jesús, ideas que podríamos trabajar en grupo o individualmente para poder llevarlas a la práctica.

Durante la Cuaresma, hemos podido escuchar varios evangelios que hablaban del perdón. El cuarto domingo se proclamó la parábola del hijo pródigo (*Lucas 15,1-3.11-32*), con el perdón al hijo menor dado en abundancia por el padre y la negación del perdón por parte del hijo mayor. El quinto domingo, el texto de la mujer sorprendida en adulterio (*Juan 8,1-11*) donde Jesús la perdona de forma evidente: «Tampoco yo te condeno».

Y el Domingo de Ramos, en el texto de la pasión según san Lucas, resonaron dos frases de perdón dichas por Jesús en la cruz. Una era una oración de intercesión ante el Padre por los que le estaban crucificando: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (*Lucas 23,34*) y la otra iba dirigida a uno de los malhechores crucificado junto a él: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lucas 23,43*).

Estas frases son una buena enseñanza para cuando se nos presenta la oportunidad de perdonar a un hermano. Jesús, en la cruz, perdona desde su anonadamiento (se ha hecho nada) máximo y nos enseña que debemos perdonar también desde nuestro anonadamiento, nuestra humildad. No podemos perdonar desde un nivel «superior», desde creernos que somos mejores... necesitamos la humildad para poder perdonar de verdad a los demás.

M. ÀNGELS TERMES
matermes@cpl.es

RECONCILIARNOS CON LA PROPIA HISTORIA

MIGUEL MARTÍN RODRIGO, *Hermano de S. Juan de Dios*

Cuando se cuartejan las junturas físicas del ser humano, cuando el «the end» se vislumbra en el horizonte cercano de la vida, es urgente apelar al equipaje de valores de quien se halla en esta situación. Un equipaje que, más pobre o más rico, bien o mal jerarquizado, representa todo el arsenal con el que se construye el sentido de la vida. Es, permítaseme el chiste en un terreno tan serio como este, aquello de «¿hay algo más?» o en otra versión de «¿hay alguien más?».

El sentido de la vida es algo que marca la trama de la biografía de todo ser humano. Pero muchas veces se nos esconde bajo la pátina de superficialidad en la que vivimos gran parte de la misma. Trabajamos, comemos, bebemos, «vacacioneamos»... sin dar especial relieve al sentido de todo ello. Ni las cosas, ni nosotros mismos somos la clave de sentido. Pero, a veces, no encontramos otras. Y es el momento en el que enfocamos la recta final de nuestra existencia cuando nos aparecen de golpe las preguntas –generalmente sin respuestas teóricas–, las dudas, las apuestas vitales, los miedos...

Se trata de cerrar una puerta y de abrir otra. Y al cerrar caemos en la cuenta de lo que hemos vivido y disfrutado a tope, de lo que hemos malvivido, de lo que no hemos dejado vivir a los demás... de los amores que han jalonado nuestra existencia, y de los enemigos que nos hemos creado en ella... Son momentos de hacer un buen «inventario existencial» que recoge todos los «debe» y todos los «haber». Momentos de agradecer a la vida lo que nos ha dado, a los demás lo que nos han ayudado a ser más nosotros mismos... momentos de perdonar también a la vida lo que nos hubiera gustado tener y no se nos concedió, perdonar a los demás lo que con nosotros no pudieron ser... momentos de perdonarnos a nosotros mismos, que íbamos para ser héroes y nos quedamos en simples ciudadanos.

Y se trata de abrir otra puerta. Y aquí tampoco el panorama es mucho más sencillo. Hay quien se conforma sabiendo que esa puerta no existe. Que todo se acabó. Que «el muerto al hoyo y el vivo al bollo». Es una opción que requiere asumir la finitud en clave personal, cosa no siempre fácil.

Desde la fe cristiana se abre la esperanza de encontrarse por fin con el Resucitado. Más allá de la ubicación de lugares, espacios, temporalidades... nuestra fe nos aboca al encuentro con quien es la Resurrección y la Vida. Para el cristiano no se trata de dónde vamos sino hacia quién vamos.

Es fácil deducir que la atención espiritual en este momento, tenga cada cual la opción vital que tenga, es algo consustancial a una buena asistencia. En la medida en la que las otras dimensiones que constituyen nuestra persona se van difuminando, emerge con toda su potencia la dimensión espiritual de todo ser humano. Eludirla, negarla es maltratar a quien en esos momentos más la precisa.



Fotografía: pixabay

ACERCAR EL PERDÓN A LOS JÓVENES

YOLANDA DÍAZ, *Badalona*



Fotografía: JOC de Portugal

Las y los jóvenes de la JOC trabajamos y recibimos el perdón durante el encuentro de Pascua, que celebramos en comunidad durante Semana Santa.

La tarde del Sábado Santo, antes de la Vigilia Pascual, nos encontramos todas aquellas personas que elegimos participar en la Celebración del Perdón. Es una celebración colectiva y sencilla, pero acompañada de cantos y música para ayudar a situar la celebración y disponernos en actitud de oración.

Es importante destacar que normalmente, aparte de las revisiones de vida, no trabajamos el perdón y por eso según como sea la celebración, puede incomodarnos: no queremos sentirnos recriminados. Es una celebración difícil de extender entre los jóvenes y a veces muchos militantes deciden no

participar en ella. Alguien podría plantear dejar de hacerla, pero hemos llegado a la conclusión de que no ofrecerla es perder una oportunidad para acercar el perdón a los jóvenes; es el primer paso para que los más reticentes rompan con los prejuicios que rodean esta celebración.

Tiene que ser una celebración que nos ayude a echar un vistazo a nuestra vida e identificar lo que nos abrume, aquello de lo que tenemos que liberarnos para llegar con una mirada clara a la Vigilia Pascual. En este sentido, es muy importante el acompañamiento de los consiliarios para ayudarnos a entender el significado real de esta celebración y también el papel de los militantes con más proceso.

Lo que últimamente nos funciona es hacer un examen de conciencia centrado en la vida de los jóve-

nes: los estudios, la relación con los amigos, la familia y las tareas domésticas, el ocio, las redes sociales... Una vez hecho este examen de conciencia, las y los jóvenes pedimos perdón por aquellos comportamientos o acciones que nos separan del camino de Jesús que queremos seguir. El celebrante hace la imposición de manos, recibimos la absolución y, con una oración comunitaria o una acción de gracias por el perdón recibido y un canto, terminamos la celebración.

Habitualmente se nos anima a quemar en el fuego de la Vigilia Pascual el papel donde se ha escrito el examen de conciencia. Se convierte así en un símbolo de la reconciliación con nosotros mismos, con nuestros hermanos y con el Padre.

JOAN MORERA: TRANSMITIR LA NOVIOLENCIA DE DIOS

MERCÈ SOLÉ, *Viladecans*
Video / MARTA PONS, *Terrassa*

Joan Morera, un joven informático que un buen día se hizo jesuita, nos recibe una tarde soleada en Barcelona. Conocedor de las lenguas bíblicas y de la no violencia en la Biblia, ha estudiado en Roma y en Jerusalén. Su interés por la esencia y la gestión de los conflictos le ha llevado a vivir unos años en Tanzania. Desde hace un año, coordina un grupo de trabajo dentro de Cristianismo y Justicia para la no violencia activa (NOVA).

El conflicto más bien tiene mala prensa entre los cristianos...

A menudo partimos de una noción de paz que consiste en la negación de alguna realidad. El conflicto es inherente a la realidad humana: siempre lo hemos tenido, lo tenemos y lo tendremos. Cuando partimos de una definición de paz positiva, que es la que no se estila, nos damos cuenta de que la paz se construye, de que para trabajar por la paz tal vez deberemos hacer un boicot, una denuncia o defender activamente a un colectivo que es víctima. Debemos dar a la paz el sentido que realmente tiene.

Pero navegar por el conflicto es difícil.

Lo que vemos como conflicto normalmente es un resultado violento de un conflicto no atendido. El conflicto es una diferencia de necesidades y de intereses que ha producido un choque entre personas o entre colectivos. Cuando esto se silencia, se vive mal y se produce una tensión que no aflora hasta que aparece la violencia. Pero el conflicto ya existía.

Se necesita mucho autoconocimiento. Ir viendo cómo respondemos ante el conflicto y qué sentimientos afloran es importan-

te, pero no podemos controlar ni los propios sentimientos del todo, ni los del otro. De hecho, no es realista que los sentimientos o las actitudes de los demás puedan ser controlables. Cuando Jesús hace propuestas concretas de no violencia, como poner la otra mejilla (*Mateo 5,39cd*), compartir el vestido más allá de lo que dice la ley (*Mateo 5,40*) o extender a dos la obligación de caminar una milla (*Mateo 5,41*), lo que propone son acciones concretas que no dependen de la reacción del adversario, sino de la propia libertad. Lo que propone la no violencia precisamente es, ante un bloqueo, llevar a cabo acciones que hagan avanzar y que toquen el corazón.

Una de las claves es integrar al adversario. Cuando una de las partes pretende siempre integrar a la otra, esta nunca quedará castigada por las actitudes de la primera. Esto es importante, porque cuando queremos practicar la no violencia de Dios, hemos de integrar, de imitar a Dios, siguiendo los pasos de Jesús.

¿Qué significa integrar?

Una de las grandes características de Dios como no violento es pre-



cisamente la inclusividad. Integrar al otro sería querer y desear trabajar por un resultado final vencedor/vencedor y no vencedor/vencido. Nelson Mandela, cuando estuvo en la cárcel, aprendió la lengua de quienes le oprimían, intentó aprender su poesía, intentó hablar con ellos, conocer sus motivos, sus necesidades. Esto es tomarse en serio al otro y está en vías de llegar a una solución de vencedor/vencedor. Cuando se echan en cara al otro las diferencias, se provoca una respuesta defensiva y se levantan más barreras de las que hay. Se necesita un proceso interior, personal, además del externo, visible y colectivo.

¿Cuál es la aportación específica de los cristianos?

Gandhi, King, Mandela, todos ellos tenían una espiritualidad de donde extraían energía y fuerza. Además

los cristianos contamos con la gran transformación que Dios nos ofrece, que es el perdón. Es un Dios que siempre intenta reconciliar, y en este sentido también es un Dios que siempre va a buscar a los más alejados. Este sentido de inclusividad hay que trabajarlo a nivel personal para que se integre en nuestras decisiones cotidianas. Además, el cristiano que no lo es solo de nombre, cuenta con un punto clave que es la autenticidad. En un conflicto es fácil mentir o buscar segundas intenciones. Cuando un cristiano es auténtico, a través de la autocrítica sacude su propia posición, evalúa si lo que hace agrade o no, si es según Dios o no. Todo esto aporta una cualidad no violenta, un estilo evangélico muy necesario.

Cuando yo vivo un conflicto, con la cabeza veo por dónde debo ir, pero por dentro es muy difícil dejar de sentir una gran animadversión...

Puede ayudar separar si la materia del conflicto pertenece a un grado absoluto, a un grado testimonial o a un grado relativo. Pere Casaldàliga dice: «Solo hay dos absolutos: Dios y el hambre». Es un absoluto porque hay una vida humana por medio.

En cambio, todo lo testimonial sería aquel conjunto de cosas que creemos, que vertebran nuestra vida y que no podemos imponer a los demás ni dejarnos imponer. Las defenderemos, daremos incluso nuestra vida por ellas, como la propia fe, pero en cambio no pueden ser utilizadas como disputa.

Lo relativo, por otra parte, es lo que nos separa, a veces son minucias. Identificar lo que pertenece al grado absoluto, lo que pertenece al grado testimonial y lo que pertenece al relativo, es de una gran ayuda.

Aparte de esto hay todo un proceso de transformación interior. Es

una aventura, una peregrinación y se puede ir haciendo incluso a través de textos bíblicos que pueden acompañar, como los del siervo sufriente, o las propuestas de Jesús. Todo ello contribuirá a evitar que las decisiones salgan del sentimiento. Debemos ganar en lo que en términos de san Ignacio llamamos indiferencia. No significa pasar de todo, al contrario, quiere decir ganar en libertad interior.

Si estamos ofuscados por el odio y la rabia, podemos intentar humanizar al adversario, pensar de qué modo podemos sentir ternura por lo que nos llega de su mundo, qué contexto ha vivido y ha sufrido, qué puede suponer para mí mantener el odio y ser su esclavo, y por lo tanto no vivir feliz, o bien abrazar el perdón. El perdón no sale de lo que ha pasado. Lo que ha pasado es una herida. Y de una herida salen los sentimientos amargos y dolorosos.

El perdón es un salto en el vacío que los cristianos debemos atrevernos a hacer y que más que acceder a la voluntad del otro o de pensar que es justificable lo que ha hecho es dar el paso para liberarme a mí mismo y poder vivir según lo que Dios desea de nosotros, y no según lo que aquella herida está representando todavía para mí.

Pero la Biblia está llena de textos con una gran dosis de violencia.

Si hay textos violentos es porque la Biblia refleja el lenguaje y la realidad de quienes la escribieron. Pero por más que el escritor bíblico haya formulado en labios de Dios una frase que extermina a un pueblo entero, hay que ser conscientes de que no estamos ante relatos cronológicos, sino de géneros que comunican un mensaje. No es plausible que este mis-

mo Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento sea tan contradictorio. El mensaje comunicado es Palabra de Dios, con un lenguaje manchado de aquella violencia que vivían. Esto no debe llevarnos a excluir estos textos, porque, si no, caeríamos en la tentación de los que se dicen noviolentos y no lo son, es decir, de no integrar al adversario. Debemos integrarlos,

El perdón es dar el paso para liberarme a mí mismo y vivir según lo que Dios desea de nosotros y no según lo que aquella herida representa para mí.

intentando leerlos desde una perspectiva que permita ver su contexto para entender lo que pretenden comunicar. Lo que aplicamos al adversario persona, debemos aplicarlo también al texto violento redactado en la Biblia.

Desde la comprensión de un Dios noviolento estamos garantizando que la vivencia del cristianismo no sea tan solo un cumplimiento de normas. Jesús vino a destruir esta mentalidad que nos da una falsa seguridad: los que están dentro se salvan, los que están fuera se condenan. La propuesta de Jesús es más bien un seguimiento, una persona, una relación. Y por tanto esta relación con Dios debe ser un constante peregrinaje, un salir de nosotros mismos. La no-violencia lo asegura porque precisamente no permite conformarte. Siempre te mueve a cuestionarte, a sospechar de ti mismo, a mover las seguridades para intentar que las posiciones que están enfrentadas lleguen a una reconciliación o por lo menos a un acuerdo que permita satisfacer las necesidades de ambas partes.

¡Puedes encontrar la entrevista en nuestro canal de youtube!

ARQUITECTURAS PARA LA RECONCILIACIÓN

ELOI ARAN, *Barcelona*

«Amarás a Dios y a tu prójimo como a ti mismo», este es el mandamiento que resume todos los demás, según encontramos en *Lucas 10,27*, como pórtico de la parábola del buen samaritano. Encontrarse con Dios, encontrarse con los demás, encontrarse consigo mismo es la condición indispensable para llevar una vida plena. Vamos a ver arquitecturas recientes que han respondido a esta triple invitación.

Un espacio para reconciliarse con el Otro: Capilla de la Reconciliación de la iglesia de Jesu en San Sebastián (Rafael Moneo, 2011)

La iglesia de Jesu cuenta con una nave en forma de cruz inserta dentro de una forma aproximadamente cuadrada dejando cuatro espacios en las esquinas que son tratados de forma especial para alojar el baptisterio, la capilla del Santísimo, la capilla de la reconciliación y la sacristía. El espacio de la reconciliación se presenta como un habitáculo vacío donde solo aparecen dos objetos: un mueble-banco de madera y un cuadro del artista Prudencio Irazábal titulado *Omnia pervia*. El espacio queda iluminado por una abertura superior que deja entrar la luz indirecta y por una abertura enrasada en uno de los lados que da visuales al parque que hay debajo, la única conexión visual con el exterior en todo el templo. El confesionario

pasa a ser un espacio de relación y encuentro donde solo hay palabra, luz y símbolo.

Un espacio para reconciliarse con los demás: Capilla de la Reconciliación en el Muro de Berlín (Martin Rauch, 2000)

Hay espacios que conducen a la memoria colectiva e inquietan por el sentido de la vida, como es el caso de esta capilla, presentada a menudo también como un ejemplo de arquitectura ecológica y de reconciliación con este «otro» que es la naturaleza. La Capilla de la Reconciliación del Muro de Berlín se sitúa donde había habido con anterioridad otro templo, junto al muro, derribado por el régimen comunista en 1985. La capilla está hecha con un muro de arcilla compactada que contiene los escombros del antiguo templo, toda una metáfora de «resurrección» de un espacio sagrado que se ofrece ahora como lugar de curación de las heridas sociales.

Rodeando a la capilla, a modo de nártex silencioso, se dispone de un vestíbulo abierto de lamas de madera verticales. Previo al acceso una escultura significativa: dos personas arrodilladas que se abrazan.

Un espacio para reconciliarse con uno mismo: Capilla del silencio en Helsinki (K2S Architects, 2012)

Esta intervención busca crear un oasis en medio del desierto de la gran ciudad. Aquí, más que escuchar sermones, lo que se pretende es ofrecer un espacio de encuentro personal y acompañamiento asistencial, un rasgo social que estaba ya desde sus inicios en el proyecto promovido por la comunidad luterana. En este caso se accede a una estructura ovalada de madera a modo de bol sin conexión visual exterior iluminado cenitalmente a lo largo de su perímetro. El uso de la curva, la calidez de los materiales o su céntrica ubicación buscan invitar al transeúnte a detenerse y

escuchar la vida en el tráfico de lo cotidiano.



Capilla de la Reconciliación, Berlín

EUCARISTÍA Y PERDÓN DE LOS PECADOS

JOAN TORRA, *Torelló*

En los inicios de la vida de la Iglesia todos sabían que el bautismo era el perdón de los pecados. Cuando un bautizado caía en alguno de los pecados llamados «crímenes» (homicidio, adulterio, apostasía), era apartado por el obispo de la comunión con la Iglesia, y no podía participar de la Eucaristía. Formaban el llamado «orden de penitentes». Después de años de obras penitenciales podían ser reintegrados por el perdón de la penitencia entendida como un «segundo bautismo». Era la última y definitiva oportunidad de recibir el perdón.

Ya se entiende que esto «solo» afectaba a los pecados graves. Para los de cada día se tenía plena conciencia de que la Eucaristía era este perdón y que fortalecía para la práctica de la virtud contraria al pecado en que se había caído; y la comunidad ayudaba a ello.

Ambrosio de Milán († 397), en el tratado sobre *Los sacramentos*, que recoge las catequesis hechas a los nuevos bautizados, lo explica de una manera preciosa:

«Así, cada vez que lo recibes, ¿qué te ha dicho el Apóstol? “Cada vez que lo recibimos, anunciamos la muerte del Señor”. Si anunciamos la muerte también anunciamos la remisión de los pecados. Si cada vez que se derrama la sangre, se derrama para la remisión de los pecados, he de recibirla siempre, para que siempre me perdone los pecados. Como siempre pecho, siempre he de recibir la medicina» (Ambrosio de Milán, *Los sacramentos IV 6,28*).

Cuando, siglos más tarde, cambió la praxis del llamado sacramento de la penitencia, y de única pasó a ser reiterada y necesaria para todos los pecados, poco a poco se dejó de entender que la Eucaristía tenía este valor que decía san Ambrosio de ser la medicina para los pecados, porque era el memorial del sacrificio único del Señor Jesús en remisión de los pecados.

Conscientes de que la praxis de hoy es diferente, ¿no deberíamos insistir en esta dimensión esencial de la Eucaristía de ser «en remisión de los pecados»? ¿No se recuperaría así una mirada a la Eucaristía hoy demasiado olvidada?

El papa Francisco lo ha sintetizado maravillosamente bien en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* 47. Vale la pena transcribirlo:

«La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera. Esto vale sobre todo cuando se trata de ese sacramento que es “la puerta”, el Bautismo. La Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y un alimento para los débiles (cf. san Ambrosio, *Los sacramentos IV 6,28*). Estas convicciones también tienen consecuencias pastorales que estamos llamados a considerar con prudencia y audacia. A menudo nos comportamos como controladores de la gracia y no como facilitadores. Pero la Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuestas».



Baptisterio de la iglesia de San Pedro y San Pablo, El Prat de Llobregat

Empezar y terminar bien las lecturas

Lo que ahora diré estoy seguro de que todos los lectores de esta revista lo saben muy bien. Pero, aunque por tanto esta nota no vaya directamente para ellos, sí que va para ellos en tanto que es una llamada a enseñarlo a los que aún no lo saben, que son muchos. Se trata de dos cosas muy sencillas. La primera es que, cuando se comienza una lectura, no hay que leer la letra roja del leccionario: ni la que dice «Primera lectura» (o segunda, o

salmo responsorial), ni la frase-resumen que acostumbra a haber. Y la segunda es que, cuando se termina la lectura, no se debe decir «Es Palabra de Dios» ni tampoco «¿Palabra de Dios?» en forma interrogativa; cuando se termina la lectura, se hace una pausa y, mirando a la asamblea, se dice «Palabra de Dios», sin otra connotación. Habría que volver a recordar estas cosas a los lectores y lectoras, que a veces olvidan.

Empezar y terminar bien las lecturas, segundo round

En lo de empezar y terminar bien las lecturas, habría que tener también en cuenta un par de cosas más; en este caso, cosas para antes de empezar y cosas para una vez se ha terminado. Antes de empezar: no debe empezarse a leer hasta que la asamblea esté totalmente quieta y atenta. O sea: hay que dejar una buena pausa respecto a la monición que se haya leído antes o respecto al final de la oración colecta si no ha habido monición. Si los distintos elementos de la celebración se

pegan unos a otros, sin pausas, no es posible concentrar la atención. Y para una vez se ha terminado: no hay que marcharse del ambón después de decir «Palabra de Dios», sino que hay que quedarse hasta que la asamblea haya respondido «Te alabamos, Señor»; o, si lo que se está leyendo es el salmo responsorial, no se debe marchar del ambón hasta que la asamblea haya terminado de cantar la respuesta al salmo después de la lectura de la última estrofa.

No a los finales en descenso

Otra cuestión sobre la forma de terminar una lectura. Y es que debe evitarse una tendencia que consiste en decir la última frase del texto en tono de descenso a tumba abierta. Es decir, bajando el tono, y provocando que la asamblea no oiga lo que se está diciendo. Esta tendencia probablemente esté motivada por las ganas de terminar, o vete a saber por qué. Pero,

en cualquier caso, la última frase de una lectura debe poder oírse bien, manteniendo el tono con que se ha leído el resto del texto, y con las modulaciones de voz que correspondan al sentido de aquella frase. (En el próximo número, seguiremos ofreciendo observaciones sobre la forma de leer. Y es que la Palabra de Dios debe ser proclamada lo mejor posible).

CONFESAR

SERGI D'ASSÍS GELPÍ, *Montserrat*

Supongo que a algunos esto de la confesión les debe sonar a cosa de niños, o de épocas pasadas, o de una visión de Iglesia culpabilizadora... y sus motivos tendrán. La verdad es que era una de las cosas que menos me atraía en el momento de ser ordenado presbítero. Aunque sabía el sentido que tiene, al mismo tiempo pensaba: «¡Qué me van a contar a mí, si yo soy el primero que también se equivoca!». Y puedo decir que después ha sido un regalo poder confesar. Veo que puedes hacer mucho bien a los que quieren recibir la confesión.

Es una situación muy delicada, porque la persona se pone ante Dios. Y toda relación entre el ser humano y Dios es muy personal y sagrada. Solo se puede entrar de puntillas. Y debes vigilar mucho para que cualquier palabra que digas sea siempre desde el Amor.

No es un momento de culpabilizar a la persona: ¡al contrario! Esta se pone con humildad ante sí misma y ante el Dios en el que cree, y repasa las piedras que lleva en la mochila y que le dificultan el camino. Entonces el sacerdote ayuda a descargar estas piedras. Es una liberación. Es Amor tangible.

No es magia. Es un signo. Los seres humanos necesitamos signos. Pero pueden ser muy poderosos. Una



acción performativa. Eso sí: para que tenga sentido, debe vivirse con sinceridad. Si no, no merece la pena.

El objetivo nunca es que la persona se sienta mal. Al revés: se trata de animarla a hacer camino, a reconocer el Amor que la habita y que la puede impulsar hacia adelante. Es un SÍ a la vida, con agradecimiento y esperanza.

Hay personas a quienes les molesta que alguien pueda conocer sus errores. Es comprensible. A mí me ocurre justamente lo contrario con aquellos a quienes confieso: crecen

en el concepto que tengo de ellos. Porque no es nuevo saber que una persona es frágil: ¡todos los somos! Pero cuando veo a alguien que lo reconoce con humildad, aquella persona se engrandece ante mis ojos. Me impresiona.

No pretendo que todo lo que he dicho tenga que ser así y no pueda ser de otra manera. Simplemente he querido compartir aquí mi experiencia, porque creo que no es habitual que los que confesamos compartamos cómo nos sentimos. Al fin y al cabo, todos somos seres humanos.

(De *La Font de Greccio*, 22 de junio de 2018, <https://goo.gl/j4jmdW>)

Fotografías: Pixabay



¿PODRÁS PERDONARME ALGÚN DÍA? DOS PELÍCULAS PARA UNA PREGUNTA

PEIO SÁNCHEZ, *Barcelona*

Con el título de este film reciente sobre una falsificadora que busca redención, introducimos esta reflexión sobre el perdón en el cine. Quizás el perdón y la espera en el más allá sean los dos rasgos antropológicos más radicales de la naturaleza humana. Propongo visitar dos películas entre una inmensa gama de posibilidades.

Una historia verdadera (1999, David Lynch): camino de reconciliación

David Lynch bajo capa de surrealismo esconde a un humanista que se centra en lo pequeño y en las periferias. Un día leyó en un periódico que un anciano había recorrido 800 km en una máquina cortacésped para ir a ver a su hermano moribundo con el que estaba enfrentado. Los hermanos, en una historia tan antigua como Caín y Abel, se habían enfrentado y no se ven desde hace 10 años. Alvin decide hacer un viaje penitencial en busca de su hermano, mirando en la noche las estrellas y teniendo una serie de encuentros tan fortuitos como preciosos. Una joven embarazada huida de su casa, una familia hospitalaria, un cura en un cementerio, una mujer que mata un ciervo con su coche. El tiempo es lento, la mirada es contemplativa, el itinerario es interior. Ese camino solo se puede hacer lentamente, allanando los pliegues del alma. El final, memorable, no es un abrazo, sino ambos hermanos mirando al cielo estrellado. Cuando Alvin cuenta su historia al cura, en uno

de esos encuentros inesperados, rodeados de sepulturas y cubiertos por un manto de estrellas, el ministro de Dios le dirá: «Y yo digo a todo eso amén». Una absolución encubierta pero con poder de gracia ya sanante. Y el encuentro es mucho más que solicitar el perdón, es volver a caminar juntos hacia más allá de la muerte.

Tres anuncios a las afueras (2018, Martin McDonagh): venciendo la ira

Mildred Hayes es un saco de ira. Han violado y asesinado a su hija adolescente y la policía no se esfuerza lo suficiente para encontrar al responsable. Por ello pone tres enormes vallas publicitarias a la entrada del pueblo denunciando al jefe de policía, un tipo bonachón que está entre la vida y la muerte. Tiene como ayudante a Dixon, un poli racista, duro y frustrado, marcado por la ira. Pronto se establece un duelo entre Mildred y Dixon. El enfrentamiento se jalona de actos de violencia: peleas, cócteles Molotov, insultos y sujetos lanzados por la ventana. Solo dos luces y el final suponen el giro hacia el perdón. En una de las notas tras el suicidio dirigida al subalterno, el sheriff canceroso le dirá a su pupilo que deje el odio de lado y siga el amor. Un fondo que late para el final abierto. La otra es de una comicidad dramática entrañable. Dixon ha lanzado por la ventana al publicista que ha alquilado las vallas a Mildred y la víctima yace entre escayolas en el hospital. Mildred provoca



el incendio de la comisaría y Dixon es ingresado con graves quemaduras. Ambos son destinados a la misma habitación. Dixon tras los vendajes se muere de sed. Tras las dudas, el bueno del joven publicista renqueante acude en su ayuda para, a través de una pajita, ofrecerle un poco de agua. La víctima perdona, compadecido de su verdugo. Esta es la anticipación del final. En la última secuencia Mildred y Dixon van juntos en el coche, avanzan en busca del desconocido asesino, pero algo parecido a la reconciliación ya brota entre ellos.

Las heridas son reales. El dolor de la madre es inconmensurable, la frustración del policía se descubre tras su madre posesiva y enferma. La violencia brota en la naturalidad de la comedia. El círculo parece invencible. Pero el viejo y enfermo sheriff ha señalado la cuestión: odio versus amor. La elección de dar de beber al sediento enemigo es colocada como el centro del film, un acto desmesurado, milagroso y trascendente. Pero hace que el espectador se quede deseando ese destino de reconciliación para la buena de Mildred y el desafortunado Dixon, ahora juntos en un viaje que ya ha comenzado.

SEÑOR, ENSEÑAME A PERDONAR

Hay una bella oración budista que dice:

«Si he hecho daño a alguien de alguna manera,
ya sea consciente o inconscientemente,
a través de mis propias confusiones,
le pido perdón».

Me parece que es una hermosa oración que habla del perdón,
pero también creo que no es la idea de perdón que tenemos los cristianos.
En el libro de los Hechos de los Apóstoles podemos leer el siguiente versículo:
«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el
Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu
Santo». [Hechos 2,38]

¿Cuál es la diferencia? Pues que para los cristianos
la capacidad de perdonar no viene de nosotros,
sino que nos viene de Dios.

Dios es el totalmente Otro, nuestro Origen y nuestro Final.

Él es todo amor, todo Gracia, todo Misericordia y todo Perdón.

Si yo puedo perdonar es porque antes he sido perdonado por Dios.

«¡Qué grande es la misericordia del Señor

y su perdón para los que retornan a él!» [Eclesiástico 17,29]

Todos conocerán que somos hijos de Dios si cumplimos su mandamiento:

«Que os améis unos a otros; como yo os he amado». [Juan 13,34]

Pero yo soy un pobre mortal, que a menudo se olvida de Dios
y vuelve mal por bien en lugar de ser paciente
y misericordioso con sus hermanos.

Es por esto, Señor, que te pido perdón una vez más.

Ayúdame a saber perdonar; ayúdame a confiar en Ti
y a ser capaz de vivir en tu amor...

Tú me has creado y me has hecho tal como soy,

aunque yo no he sido capaz de pulir la joya que llevo conmigo.

Sin embargo, en mi interior me doy cuenta

y quiero ser consciente de todo el Bien que has hecho en mí

... cómo me gustaría ser capaz de repetir con san Francisco:

«¡Oh, Maestro!, que no busque yo tanto

ser consolado como consolar;

ser comprendido, como comprender;

ser amado, como amar».

Solo te pido esto, Señor:

«Purifica mi corazón y haz de mí un instrumento de tu Perdón». Amén.



FINAL DEL TIEMPO PASCUAL Y ENVÍO ECLESIAL

PAULA DE PALMA, *Madrid*

En este espacio nos dedicaremos a los aspectos litúrgicos que corresponden a los meses de junio y de julio.

El tiempo pascual constituye el momento más relevante del año litúrgico. Pero a estas alturas ya hace tiempo que pasó Semana Santa y el Domingo de Pascua de Resurrección. Los primeros días de junio vamos acercándonos al cierre de este tiempo pascual con la fiesta de la Ascensión del Señor y de Pentecostés. Si la Ascensión marca un final, la fiesta de Pentecostés nos habla de un nuevo comienzo y, sobre todo, de un envío. La presencia del Espíritu de Jesús como impulso al tiempo «ordinario» es un recordatorio de la realidad de la acción de Dios-Espíritu en los caminos habituales, seculares y cotidianos de los cristianos.

Los dos domingos siguientes volvemos entonces al tiempo ordinario. Pero no de cualquier manera sino con dos fiestas muy especiales: La Trinidad, en primer lugar, nos sitúa en la dinámica que vivimos como una Iglesia llena de la presencia amorosa de un Dios que no es soledad sino comunión y que nos invita a participar de esta afinidad en nuestros vínculos, en nuestra cosmovisión y en nuestra acción. Y Corpus Christi, el domingo siguiente, marca la centralidad de la Eucaristía en la vida de la comunidad. En ambos domingos primará el color blanco mientras que en los días de diario se mantiene el color verde.

Desde el 16 de junio en adelante retomaremos el evangelio de Lucas en las lecturas que son las propias del ciclo C. Y celebraremos algunos santos destacados, como Bernabé apóstol (11 junio), Antonio de Padua (13 junio), Luis Gonzaga (21 junio), Natividad de Juan Bautista (24 junio), Ireneo (28 junio), Pedro y Pablo (29 junio), Tomás apóstol (3 julio), Benito (11 julio), Santiago apóstol (25 julio) e Ignacio de Loyola (31 julio).

Y, por supuesto, no podemos olvidar a las santas celebradas en el mes de julio: Isabel de Portugal (4 julio), María Goretti (6 julio), María Magdalena (22 julio), Brígida (23 julio), Ana y Joaquín (26 julio) y Marta (29 julio). La celebración de santa María Magdalena resulta significativa ya que lleva pocos años con la categoría de fiesta, con la incorporación de un prefacio propio titulado «Apóstol de los Apóstoles».

De esta manera, estos meses que anuncian la entrada del verano, vienen litúrgicamente cargados de presencia y de memoria. Presencia del Espíritu de Jesús que nos envía y memoria de quienes nos precedieron en la fe. La liturgia de estos días nos incorpora, de esta manera, en una comunidad orante y celebrante poblada de cristianos valientes, impulsada por el Espíritu Santo y centrada en la Eucaristía.

Fotografía: Pixabay



Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web: <https://goo.gl/Y17Siv>

Ascensión del Señor y Pentecostés, ciclo C Tiempo ordinario, ciclo C

2 y 9 de junio de 2019
Del 16 de junio al 28 de julio de 2019

	Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Pascua	Ascensión del Señor 2 de junio	Fue levantado al cielo <i>Hechos 1,1-11</i>	Lo sentó a su derecha en el cielo <i>Efesios 1,17-23</i>	Mientras los bendecía, iba subiendo al cielo <i>Lucas 24,46-53</i>
	Domingo de Pentecostés 9 de junio	Se llenaron todos de Espíritu Santo <i>Hechos 2,1-11</i>	Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu <i>1 Corintios 12,3b-7.12-13</i>	Como el Padre me ha enviado, os envío yo <i>Juan 20,19-23</i>
Tiempo ordinario	Santísima Trinidad 16 de junio	Antes de que la tierra existiera, la sabiduría fue engendrada <i>Proverbios 8,22-31</i>	A Dios, por medio de Cristo, en el amor con el Espíritu <i>Romanos 5,1-5</i>	El Espíritu recibirá y tomará de lo mío y os lo anunciará <i>Juan 16,12-15</i>
	El Cuerpo y la Sangre de Cristo 23 de junio	Ofreció pan y vino <i>Génesis 14,18-20</i>	Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor <i>1 Corintios 11,23-26</i>	Comieron todos y se saciaron <i>Lucas 9,11b-17</i>
	San Juan Bautista 24 de junio	Te hago luz de las naciones <i>Isaías 49,1-6</i>	Juan predicó antes de que llegara Cristo <i>Hechos 13,22-26</i>	Juan es su nombre <i>Lucas 1,57-66.80</i>
	Sagrado Corazón de Jesús 28 de junio	Yo mismo apacentaré mis ovejas <i>Ezequiel 34,11-16</i>	Dios nos demostró su amor <i>Romanos 5,5b-11</i>	He encontrado la oveja que había perdido <i>Lucas 15,3-7</i>
	Santos Pedro y Pablo 29 de junio	El Señor me ha librado de las manos de Herodes <i>Hechos 12,1-11</i>	Me está reservada la corona de la justicia <i>2 Timoteo 4,6-8.17-18</i>	Tú eres Pedro, y te daré las llaves del reino <i>Mateo 16,13-19</i>
	Domingo 13 30 de junio	Eliseo se levantó y siguió a Elías <i>1 Reyes 19,16b.19-21</i>	Habéis sido llamados a la libertad <i>Gálatas 5,1.13-18</i>	Tomó la decisión de ir a Jerusalén <i>Lucas 9,51-62</i>
	Domingo 14 7 de julio	Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz <i>Isaías 66,10-14c</i>	Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús <i>Gálatas 6,14-18</i>	Descansará sobre ellos vuestra paz <i>Lucas 10,1-12.17-20</i>
	Domingo 15 14 de julio	El mandamiento está muy cerca de ti <i>Deuteronomio 30,10-14</i>	Todo fue creado por él y para él <i>Colosenses 1,15-20</i>	¿Quién es mi prójimo? <i>Lucas 10,25-37</i>
	Domingo 16 21 de julio	Señor, no pases de largo junto a tu siervo <i>Génesis 18,1-10a</i>	El misterio escondido, revelado ahora a los santos <i>Colosenses 1,24-28</i>	Marta lo recibió en su casa. María ha escogido la parte mejor <i>Lucas 10,38-42</i>
	Santiago, apóstol 25 de julio	El rey Herodes hizo pasar a cuchillo a Santiago <i>Hechos 4,33; 5,12.27-33; 12,2</i>	Llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús <i>2 Corintios 4,7-15</i>	Mi cáliz lo beberéis <i>Mateo 20,20-28</i>
	Domingo 17 28 de julio	No se enfade mi Señor si sigo hablando <i>Génesis 18,20-32</i>	Os vivificó con él, perdonando los pecados <i>Colosenses 2,12-14</i>	Pedid, y se os dará <i>Lucas 11,1-13</i>

Eraser

DOLORES ALEIXANDRE, *Madrid*

«Eliminador». Así se llamaba una película protagonizada por Schwarzenegger: un tipo duro dedicado a la protección de testigos, borraba cualquier rastro de su identidad pasada para que comenzaran una nueva vida en un lugar secreto. Parece asunto de películas de acción o de novela negra, pero algo así decía de Dios el profeta Miqueas: «Volverá a compadecerse, destruirá nuestras culpas, arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados» (*Miqueas 7,19*). Puesto a suprimir, a Isaías le gustaba más la imagen del tintorero: «Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve; aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana» (*Isaías 1,18*).

Por parte de Dios, la cosa está clara: concesión de una nueva identidad en la que no queda ni rastro de nuestros pecados. Por parte nuestra, aceptación a regañadientes con resisten-

cias y celos. No hay más que recordar la historia del padre bueno de *Lucas 15* que seguimos llamando, tercamente, «parábola del hijo pródigo». Es verdad que el chico aparece desde el comienzo bajo el signo del pecado y de sus consecuencias: *marchó a un país lejano, derrochó, perdió, gastó, pasó hambre, tuvo necesidad, sirvió, guardó cerdos, ganas, algarrobas, cerdos, nadie le daba de comer...* Pero afortunadamente el hambre marca punto de inflexión de su trayectoria y pone en marcha su deseo de retornar a casa. Por el camino iba preparando su discurso: «... le diré: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros*», pero solo llega a pronunciar la primera parte. ¿Dónde fue a parar la segunda? El abrazo y los besos del padre hicieron innecesario el resto de su discurso: cualquier distancia quedaba anulada en el abrazo en que se habían fundido.

Sin embargo para nosotros siguen siendo «el hijo pródigo», le fijamos irremisiblemente en su etapa oscura, y olvidamos que su proceso vital desemboca en ese momento final en que su padre corre a su encuentro y lo cubre de besos. El verbo griego que usa Lucas (*katafillesen*) indica efusión, ternura y contacto físico y eso nos permite hablar del «hijo cubierto de besos». Y ese es su verdadero nombre. La escena concluye con un *nuevo nacimiento*, una nueva identidad de la que el padre da el testimonio: «Este hijo mío había muerto y ha vuelto a la vida».

Ojalá sigamos aquel consejo de Juan de Ávila a una señora timorata: «Deje ya de medir a Dios con tan chico palmo...».

